

ROCÍO ORTIZ:

LA MIRADA COMO MATERIA

Miguel Ángel Flores*

La vista es el sentido que nos da una versión de la realidad que parece incontrovertible. La fotografía es el espejo de cuanto nos rodea; parecería ser el espejo que inmoviliza y eterniza lo que se asoma a la lente de la cámara. Se aprehende un momento del incesante transcurrir de esa realidad. Lo que los ácidos nos revelan sobre la superficie del papel en el cuarto oscuro no pueden ser otras que las señas de identidad de los objetos y las personas que nos rodean. Acaso el fin último de escribir con luz sea erradicar la subjetividad de nuestra percepción y fijar sin asomo de dudas lo que ojo mira. Sin embargo ningún sentido no engaña más que el ojo. Por ello las fotografías de Rocío Ortiz son el teatro de los acontecimientos de cuanto ocurre a través de nuestra mirada.

Decía Valéry que en la fotografía debía importar más que el resultado la intención de autor, pues la materia prima de la fotografía no es la realidad que se quiere capturar ni su impresión en el papel, sino la imagen mental que se elabora antes de apretar el obturador. En las imágenes que se presentan ante nosotros debemos indagar en el sentido de esa intención más que el resultado de las sombras y las luces que se imprimen en la retina que llamamos fotos. A partir de una propuesta ejercemos nuestra imaginación para indagar en el sentido de un conjunto de imágenes. Y el verdadero talento artístico de Rocío Ortiz radica en que ese sentido se despliega en todas direcciones en función de una expresividad vigorosa, en la que cada quien busca una respuesta.

La fotografía de una estrella de mar puede contener el elemento irracional de una imagen, irracional porque se presenta fuera de su entorno, no hay una escenografía que la ubique para que ejerza mejor su representación ante nuestros ojos y nos provoque quizá ensoñaciones. En el caso de Rocío la propuesta es radical: la estrella no está ahí para asociarla con un catálogo desgastado de ideas. A Rocío le interesa manejar una intencionalidad en la que la estrella puede tener dimensiones inéditas a partir de ese carácter mineral que adquiere mediante un juego de sombras que destaca una particular textura. Podemos componer a partir de esa estrella un paisaje mental en que la estrella es sólo eso: su textura despojada de cualquier referente. En este sentido Rocío Ortiz se inscribe en una corriente no muy frecuentada en la fotografía mexicana que busca dar cuerpo a una propuesta en la que las imágenes no sean lo que pensamos que parecen: ellas, mediante el ojo que indaga contienen una potencialidad de significado insospechada. No es el aspecto narrativo que se pudiera desprender de una comisión en la que participan objetos y personas, o sólo personas o sólo objetos. Los ojos nos engañan, quizá no haya mayor subjetividad que la que se desprende de la mirada: la aventura intelectual de Rocío es construir una objetividad de la imagen pero que está más en el pensamiento que en su resultado. En este aspecto radica la riqueza de sus imágenes porque a partir de destacar las texturas de la materia animada e inanimada todo adquiere

* Departamento de Humanidades UAM-Azcapotzalco.

otra dimensión. Y lo que más llega a resaltar en el mundo de sus imágenes es el silencio que las acompaña. Las campanas están ahí como formas: sus superficies en diálogo con la de las paredes de la torre que las contiene; ante ellas no pensamos en su naturaleza propia de producir sonido sino en el aspecto de abstracción que se percibe en esas líneas y en el contrapunto de silencio que forma la superficie del cielo. Y ese silencio es más notable en la imagen de las casas en ruinas en un medio rural que se sobrevive a sí mismo donde el hombre se mimetiza con el paisaje.

Pero Rocío recorre varias vías de indagación de una realidad que nos elude. El signo de un rostro es para nosotros el de la interrogación: los ojos cerrados y el pelo sobre las facciones componen una figuración que sólo se refiere a un estado interior. Nuestra mirada habrá de dar respuesta esa imagen.

La obra de Rocío Ortiz presenta ya, a pesar de su juventud, una consolidación que el tiempo irá definiendo.

Rocío Ortiz nació en México, en la ciudad de Aguascalientes en 1972. Realizó estudios de comunicación en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Ha trabajado en el área de videoproducción sobre el área relacionada con programas de computación para el proceso de post-producción. En esa misma universidad estudió un diploma en fotografía y participó en taller de fotografía que impartió Januz Polom. Ha sido jurado del concurso nacional de fotografía convocado por el INEGI. En la actualidad dirige un novedoso proyecto que combina literatura y fotografía y que lleva el título de La Cajuela, que también se divulga a través de una página en Internet. Ha participado en varias exposiciones colectivas, y en 1997 expuso su obra con el título de "Fragmentos" en el Café Galería Parábola Óptica. Sus fotografías se han reproducido en revistas como "Talleres", del Instituto Cultural de Aguascalientes y "Casálida", del Instituto Mexiquense de Cultura, lo mismo que en publicaciones independientes como "Fuera del hoyo", "Tierra baldía" y "Tiempo de Aguascalientes".■

